

FISIOLOGÍA.

SANTA TERESA.—LIGERO ESTUDIO SOBRE EL ÉXTASIS.

ESTUDIO MÉDICO SOBRE SU VIDA

ESCRITA POR ELLA MISMA POR MANDATO DE SU CONFESOR EL P. FR. GARCÍA DE TOLEDO,
DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO.Edic. Matrit., 1851, por D. Nicolás de Castro
Palomino.

SANTA TERESA CONSIDERADA BAJO EL PUNTO DE VISTA MÉDICO.

Si se quiere tener una idea del éxtasis en toda su extensión y exactitud, es menester leer la vida de Santa Teresa escrita por ella misma. El encanto del estilo es incomparable; existen en esta alma ardiente tesoros de pasión y de poesía de los cuales es imposible dar una idea: en medio de esta exaltación, de esta violencia de sentimientos, Santa Teresa encuentra siempre la expresión adecuada, fuerte y elevada. Su narración sencilla y candorosa respira un entusiasmo, una ternura, una fe, que arrebatan al lector al mismo tiempo que le inspiran una profunda admiración para este genio del éxtasis.

Su inteligencia sublime la precave de perderse en las sutilidades del razonamiento, y se admira uno al oír la explicar con una lucidez ingeniosa y llena de natural, los misterios más difíciles del éxtasis.

Es imposible hacer un análisis satisfactorio de esta obra admirable, y preciso es leerla en este idioma español exaltado, magnífico y claro que ella manejaba tan bien. La seguiremos de lejos y la estudiaremos con el prosaico positivismo de la medicina, más bien que con las elevadas tendencias de la poesía. Encontraremos en nuestro camino el quietismo de Molinos, de Mad. Guyon, de Fénelon en su expresión más alta: los términos son con frecuencia los que usan los quietistas. Santa Teresa se abandona por completo en las manos de Dios, y se sentirá feliz, sea donde fuera que Él la lleva, aun en el mismo infierno: esta indiferencia para su destino futuro ó actual que, junto con la contemplación pasiva, es el verdadero quietismo, no es más que un reflejo de los escritos de Santa Teresa, quien, por lo demás, emplea las palabras de *oración de quietud* y de *union* para expresar estos estados del alma.

Desde su juventud se revela en Santa Teresa una vocación secreta que la atrae hacia unas misteriosas voluptuosidades; el naciente entusiasmo busca sus vías, y siempre sus tendencias tienen algo de religioso. Aún niña pequeña trata de irse á sufrir el martirio en medio de los moros. Hallando imposible esta em-

presa, Teresa dirige sus pensamientos hacia la vida solitaria, y va á edificarse una ermita en su casa para practicar la contemplación y la oración. Reparte limosnas y busca las soledades para meditar y orar. Sus juegos mismos participan de ideas monásticas, ella juega á *la monja*, como otras á *las muñecas*.

Habiendo llegado á este grado de exaltación moral apasionada, Teresa comienza á leer libros de caballería, y su espíritu, siempre entusiasta, se dirige hacia estas regiones del amor, de las cuales su alma ardiente le abre las puertas y cuyo camino le facilita una de sus amigas: es una prima de ella, ligera y de más edad. Mas esta aberración de su vía legítima no seduce á Teresa sino por un momento, y vuelve luego á sus primitivos instintos que la impulsaban hacia el claustro.

Desde entonces la mística española ha tenido ataques de una enfermedad que ella no describe, pero habla de desmayos muy prolongados, de convulsiones terribles, de lengua mordida, de semiparálisis y de intensísimos dolores de corazón: «me parecía que con dientes agudos me asían de él.»

Notaremos de paso esta enfermedad esencialmente nerviosa y que se explica por afecciones ulteriores, al mismo tiempo que ataca fuertemente la complexión delicada de Santa Teresa, y la predispone á las visiones que su exaltada imaginación evoca en las principales circunstancias de su vida: ya en el convento, Teresa experimenta violentas luchas interiores: vacilante aún, indecisa, temiendo al porvenir, atormentada por el pasado, no halla qué resolución tomar.

A poco de esta primer enfermedad sobreviene otra acompañada también de desmayos y grandes dolores de corazón: estas palabras *mal de corazón*, significan para muchas personas epilepsia; tal vez quiere Santa Teresa indicar aquí convulsiones, y hay que observar entonces la semejanza de estos accesos con los de la *histeria*, compañera ordinaria del éxtasis.

Ya Teresa conoce la oración de quietud y la unión, uno de los grados de la oración; y este hecho es de no poca importancia cuando se le juntan los accidentes nerviosos susodichos y la impresionabilidad de la persona.

Oigámola contar sus impresiones en la lectura de las confesiones de San Agustín:

«O váleme Dios, como me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo, y cuan atada me veía, para no me determinar á darme del todo á Dios. Como comencé á leer las Confesiones, paréceme me veía yo allí; comencé á encomendarme mucho á este glorioso santo. Cuando llegué á su conversión y lei como oyó aquella voz en el Huerto, no me parece sino que el Señor me la dió á mi, segun sintió mi corazón: estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas y entre mi mesma con gran aflicción y fatiga. O que sufre un alma, váleme Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y que de tormentos padece! Yo me admiro ahora, como podía vivir en tanto tor-

«mento; sea Dios alabado que me dió vida para salir de muerte tan mortal: páreceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la Divina Majestad, y que debía oír mis clamores, y haber lástima de tantas lágrimas.»

Haciendo alusión á una imagen de Cristo cubierto de llagas que habia visto en un oratorio, Teresa dice:

«Acaeciame en esta representacion que me hacia de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme á deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podia dudar que estaba dentro de mi ó yo toda engolfada en Él. Esto no era manera de visión. suspende el alma de suerte que toda parecia estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre á mi parecer, mas no se pierde: mas como digo no obra, sino está como espantado de lo mucho que entiende; porque quiere Dios entienda que de aquello que Su Majestad le representa, ninguna cosa entiende. este regalo de Dios ni bien es todo sensual ni bien espiritual.»

¡Qué análisis tan fino de sus impresiones y qué libertad de espíritu y de juicio en situación tan extraña!

Santa Teresa establece ahora los cuatro grados de la oración, y por una poética comparación da á sus explicaciones una fuerza y una claridad que permiten juzgarla con la mayor precisión; he aquí poco más ó menos su figura: Aquel que principia debe hacer como si, para agradar al Señor, quisiera formar un jardín en una tierra ingrata y cubierta de malas yerbas. Cuando una alma se determina á orar, supondremos que Dios ha arrancado las plantas malas: como buenos hortelanos, nosotros debemos, con el ayuda de Dios, hacer crecer las buenas plantas nuevamente sembradas y regarlas para que produzcan flores cuyo grato olor guste al Señor y haga que Él venga á descansar en este jardín. Para regar la tierra le parece se pueden emplear cuatro maneras: sacar el agua de un pozo, ó emplear una noria, ó aprovechar un arroyo, ó en fin, recibir abundantes lluvias que harán más fácil el trabajo del hortelano, y aun lo reducirán á nada; cuatro modos de menos en menos penosos. Esta comparación va á servir para explicar los cuatro grados de la oración. Los que comienzan á rezar son los que sacan el agua del pozo: en los consejos que les da Santa Teresa, hay que observar los siguientes cuya tolerancia es notable. Ella dice que se debe esperar todo de la bondad de Dios, mas no forzar las cosas: hay que admirar los santos más bien que imitarlos, dice el demonio; «esto tambien lo digo yo, mas hemos de mirar cual es de espantar y cual es de imitar; porque no seria bien si una persona flaca y enferma se pusiese en muchos ayunos y penitencias ásperas, yéndose á un desierto á donde no pudiese dormir, ni tuviese que comer, ó cosas semejantes.»

Y más lejos dice:

«Otra tentacion es luego muy ordinaria, que es desear que todos sean muy

«espirituales, como comienzan á gustar del sosiego, y ganancia que es. El dese-
«searlo no es malo, el procurarlo podria ser no bueno, si no hay mucha discre-
«cion y disimulacion en hacerse de manera, que no parezca enseñan; porque
«quien hubiere de hacer algun provecho en este caso, es menester que tenga las
«virtudes muy fuertes para que no dé tentacion á los otros.»

Este rigor para sí misma y esta indulgencia para con el prójimo, son nota-
bles en una mujer que está uno tentado de considerar como una fanática exal-
tada, y la colocan bien lejos de los alucinados religiosos en general.

He dicho ya de qué comparación se sirve Santa Teresa para explicar los gra-
dos de la oración. Como los dos primeros son bastante conocidos por las per-
sonas que tienen la costumbre de recogerse en sí mismas, y no son sino una
oración más ó menos ferviente, no hablaré de ellos. Pero en el tercero, Santa
Teresa comienza ya á dejar entrever el éxtasis. «Quiere el Señor aquí ayudar
«al hortelano de manera, que casi Él es el hortelano y el que lo hace todo. Es un
«sueño de las potencias que ni del todo se pierden, ni entienden como obran. . . .
«Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir
«muerte que la desea. Está gozando en aquella agonía con el mayor deleite que
«se puede decir: no me parece que es otra cosa sino un morir casi del todo á las
«cosas del mundo y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos como lo
«decir ni como lo declarar, ni entonces sabe el alma que hacer; porque no sabe
«si hable, ni si calle, ni si ria, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celes-
«tial locura, á donde se desprende la verdadera sabiduria, y es deleitosísima
«manera de gozar el alma. Que se le pondrá entonces delante de tor-
«mentos, que no le fuese sabroso pasarlo por su Señor? Vé claro que no hacian
«casi nada los mártires de su parte en pasar tormentos: (no hubiesen hablado
«de otra manera los convulsionarios del diácono Paris¹ que se sonreian y goza-
«ban en medio de los sufrimientos) porque conoce bien el alma, viene de otra
«parte la fortaleza. Querría ya esta alma verse libre; el comer la mata;
«el dormir la congoja: vé que se le pasa el tiempo de la vida, pasar en regalo,
«y que nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece vive contra natura,
«pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos.»

Llegamos al cuarto grado de la oración, y allí es principalmente donde se
desarrolla la éxtasis mística y médica perfectamente explicada y sentida. Deje-
mos hablar á nuestra monja.

«El Señor me enseñe palabras como se puede decir algo de la cuarta agua. . . .
«El como es esta que llaman union y lo que es, yo no lo sé dar á entender; en
«la mística teología se declara, que yo los vocablos no sabré nombrarlos, ni sé
«entender que es mente, ni que diferencia tenga del alma ó espíritu tampoco;
«todo me parece una cosa; bien que el alma alguna vez sale de sí misma á ma-

1 En San Medardo.

«nera de un fuego con ímpetu. Esta llama sube muy arriba del fuego, mas no
 «por eso es cosa diferente, sino la misma llama que está en el fuego. Lo
 «que es union ya se está entendido, que es dos cosas divisas hacerse una.
 «sé que quien hubiere llegado á arrobamientos lo entenderá bien. No diré
 «cosa que no la haya experimentado mucho, y es así que cuando comencé esta
 «postrer agua á escribir, que me parecía imposible saber tratar cosa, mas que
 «hablar en griego, que así es ello dificultoso. Esta agua del cielo viene
 «muchas veces cuando más descuidado está el hortelano. Verdad es que á los
 «principios, casi siempre es despues de larga oracion mental; que de un grado en
 «otro viene el Señor á tomar esta avecita y ponerla en el nido para que descan-
 «se: como la ha visto volar mucho rato, procurando con el entendimiento y vo-
 «luntad y con todas sus fuerzas buscar á Dios, y contentarle, quiérela dar el
 «premio, aun en esta vida; y que gran premio, que basta un momento para
 «quedar pagados todos los trabajos que en ella puede haber!

«Estando así el alma buscando á Dios, siente con un deleite grandísimo y
 «suave, casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando
 «el huelgo, y todas las fuerzas corporales; de manera que si no es con mucha
 «pena, no puede aun menear las manos: los ojos se cierran sin quererlos cerrar;
 «y si los tiene abiertos, no vé casi nada; ni si lee, acierta á decir letra, ni casi
 «atina á conocerla bien; vé que hay letra, mas como el entendimiento no ayuda,
 «no sabe leer aunque quiera; oye, mas no entiende lo que oye. Hablar
 «es por demás, que no atina á formar palabras, ni hay fuerza ya que alinase
 «para poderla pronunciar, porque toda la fuerza exterior se pierde y se aumenta
 «en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria. *El deleite exterior* que
 «se siente es *grande y muy conocido*. y nótese esto, que á mi parecer,
 «por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspension de todas las
 «potencias, es bien breve: cuando estuviese media hora, es muy mucho; yo
 «nunca, á mi parecer, estuve tanto.»

Aquí agrega Santa Teresa, que las facultades no se recuperan tanto que no
 puedan quedarse algunas horas como fuera de sí. El estado interior del alma
 se lo revela Dios en estos términos: «Deshácese toda, hija, para ponerse más
 «en mí, ya no es ella la que vive, sino yo: como no puede comprender lo que
 «entiende, es no entender, entendiendo. Quien lo hubiere probado entenderá
 «algo de esto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que
 «allí pasa. Solo podré decir que se representa estar junto con Dios, y queda
 «una certidumbre que en ninguna manera se puede dejar de creer. . . . Queda
 «el alma de esta oracion y union con grandísima ternura; de manera, que se
 «querria deshacer, no de pena, sino de lágrimas gozosas: *hallábase bañada de*
 «*ellas, sin sentirlo*, ni saber cuando ni como las lloró; mas dale *gran deleite*
 «*ver aplacado aquel ímpetu del fuego con agua*, que le hace más crecer: pa-
 «rece esto algaravía y pasa así. Acaecido me ha algunas veces en este término

«de oracion, *estar fuera de mí*, que no sabia si era sueño, ó si pasaba en verdad la gloria que habia sentido, y de verme llena de agua, (que sin pena destilaba con tanto ímpetu y presteza que parece la echaba de sí aquella nube del cielo) veia que no habia sido sueño.»

Una vez llegada á este grado, Teresa tuvo que sufrir la calumnia de gentes que decian se queria ella hacer pasar por santa: ella las disculpa en sus escritos. No debemós pasar más adelante sin hacer notar que este acceso de éxtasis hística es absolutamente conforme con lo que vemos todos los días en la práctica. Las fuerzas desfallecen, los sentidos se turban, el deleite físico se hace sentir. El acceso dura media hora ó menos, y lo sigue un período de atontamiento y divagación. En fin, Teresa dice, que ella está inundada de agua, es el liquido salido de la vejiga urinaria, término frecuente de los ataques hísticos. Recordemos las acostumbradas reflexiones de Teresa, su temperamento, sus enfermedades pasadas, su amor casi material hacia Cristo, la idea que ella se forma de la oración comparada con las aguas naturales, y nos explicaremos fácilmente el mecanismo de este éxtasis, su dirección y su alcance. El espíritu cultivado de esta mujer, que era poeta, su clase de educación, su imaginación de por sí elevada, imprimen su sello sobre el éxtasis que la tortura y la llena de sensaciones voluptuosas, y encuentra expresiones, imágenes sublimes é ideales allí donde una mujer vulgar, sin educación y de inteligencia corta, no hallaria sino un cúmulo de obscenidades y unas desvergonzadas explicaciones.

Por lo demás, confunde bajo un mismo nombre, ó más bien una misma idea, lo que se llama unión, arrobamiento, vuelo del espíritu, arrebatamiento (*ravisement* de los franceses) y éxtasis: son grados varios de una sola cosa: la unión es su fin, su complemento. Teresa compara este arrebatamiento del espíritu á unos vapores terrestres que se levantan en nubes, y dice que entonces parece el alma no animar el cuerpo que se *enfria* con grande deleite y suavemente. Dice así:

«Aquí no hay remedio que resistir. . . . sino que muchas veces sin prevenir el pensamiento, ni ayuda ninguna (acceso brusco, sin prodromos), viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube ó esta águila caudalosa, y cogeros con sus alas. Y digo que se entiende, y veis os llevar, y no sabeis donde; porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer á los principios, y es menester ánima determinada y animosa, mucho más que para lo que queda dicho, para arriscarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, é ir adonde nos llevaren de grado, pues os llevan aunque os pese; y en tanto extremo, que muy muchas veces queria yo resistir y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas, que es en público, y otras háticas en secreto, temiendo ser engañada. Algunas podia algo con gran quebrantamiento como quien pelea contra un jayan fuerte, (las ideas de caballería) quedaba despues cansada; otras era imposible sino que me lle-

«vaba el alma, y aun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas TODO EL CUERPO, HASTA LEVANTARLE.»

He aquí el levantamiento corporal de Santa Teresa, de que se ha hablado tanto: más adelante dice que este fenómeno la mortificaba mucho cuando acaecía en público: había ordenado á sus religiosas que la contuvieran, y ella misma se acostaba en el suelo y se hacia sujetar: «y todavia se echaba de ver. . . . Es ansí que me parecia, cuando queria resistir, que desde debajo de los piés me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé como lo comparar, que era con mucho más impetu que estotras cosas del espíritu, y ansí quedaba hecha pedazos, porque es una pelea grande. . . . Cuando está en el arrobamiento, el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de si muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, las manos abiertas, si cerradas. Porque aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaecido á mi perderlo del todo, pocas, y poco rato; mas lo ordinario es que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí, cuanto á lo exterior, no deja de entender, y oír como cosa de lejos.»

Ahora vienen las alucinaciones del oído: Teresa oye al Señor que le habla, la consuela, la conforta. Prosigue:

«Quiso el Señor, que viese algunas veces esta vision, veia un ángel cabe mi hacia el lado izquierdo en *forma corporal*; . . . no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecia de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan. . . . veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces, y que me llegaba á las entrañas; al sacarle me parecia las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios (histeralgia). Era tan grande el dolor, que me hacia dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite.»

Teresa tiene otras varias alucinaciones de la vista: ve el Cristo, la Virgen, el infierno y el diablo; ve muertos, el cielo abierto, y aun el Señor en la hostia. «Un día de Ramos, acabando de comulgar, quedé con gran suspension, de manera que aun no podia pasar la Forma, y teniéndola en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me habia henchido de sangre; y parecíame estar tambien el rostro y toda yo cubierta della, como si entonces acabara de derramarla el Señor; me parece estaba caliente, y era excesiva la suavidad que entonces sentia.»

«La vispera de San Sebastian vi en la silla prioral, á donde está puesta nuestra Señora, abajar con gran multitud de ángeles á la madre de Dios, y ponerse allí; á mi parecer no vi la imágen entonces sino esta Señora que digo (recuerdo de una estampa que le habia regalado una condesa amiga suya); «un día, después de comulgar, me parece clarísimamente se puso cabe mi nuestro Se-

«ñor, y comenzóme á consolar con grandes regalos. Una mañana, estando en oracion, tuve un gran arrobamiento, y parecíame que Nuestro Señor me habia llevado el espíritu junto á su Padre, y dichole: esta que me diste te doy, y parecíame que me llegaba á sí. *Esto no es cosa imaginaria*, sino con una certeza grande. . . . duró algun espacio tenerme cabe sí.»

La Trinidad inteligible y material, el Cristo, el Espíritu Santo, le aparecieron también tangiblemente, y varias veces oyó voces que venían del cielo.

Todos estos detalles son idénticos con los que experimentan todos los alucinados, extáticos ó no: se encuentran en papeles que además de su vida, habia dejado Santa Teresa. Dice que en el estado de arrobamiento, que es «un recio martyro sabroso» el pulso se vuelve insensible casi, *las piernas se apartan mucho*, y las manos son como paralizadas.

Hablando de lo que oye, Teresa dice, que son palabras bien formadas, pero que no se oyen con los oídos del cuerpo, mas se comprenden mucho más claramente que si se oyesen: en realidad ella misma no halla cómo explicar sus sensaciones si son objetivas ó subjetivas. Para hacer comprender que sus visiones no son todas provistas de forma, dice que tiene la conciencia de tener á Cristo cabe ella; que es como cuando los alimentos están ya en el estómago sin estarlos comiendo ni sin saber cómo llegaron allí, pero que comprendemos perfectamente que allí están.

Como á todas las histéricas, le acontecen cansancios á la grande alma de Teresa: entonces le parece que no tiene ni fe, ni piedad, ni memoria ó creencia de lo que le ha sucedido, ni amor á Dios: se vuelve impaciente, se siente inclinada á maltratar á los que la rodean («parece que todos me querian comer»). Otras ocasiones le sobreviene como una especie de idiotismo que la hace vivir indifereente á todo, aun á las cosas de la vida futura; se ocupa de nimiedades, pone altarcitos, barre las piezas y no puede llegar á pensar con seriedad. Naturalmente todo lo atribuye al demonio. Un paso más y llegaría á la lipemania.

A veces Teresa ve el diablo: éste la atormenta con dolores crueles físicos y morales: sus monjas no hallan qué hacer ni cómo socorrerla: se golpea la cabeza, los brazos y el cuerpo sin poder resistir. ¿Habrá todavía alguna duda sobre la naturaleza del mal de que ella adolecía? Dice que una vez las monjas que la rodeaban, percibieron después del acceso un olor fétido, como sulfuroso que ella misma no sentía. Una noche los demonios estuvieron á punto de ahogarla; declaración de la bola histérica y constricción de la garganta. Este espasmo, Teresa lo ha experimentado más generalizado: como más tarde el famoso Pascal, ella baja al infierno y habla de un fuego interior acompañado de una *ansiedad* moral y física horrible: estaba encerrada en un nicho cuyas paredes se estrechaban más y más para comprimirla continuamente.

En el año de 1562, Santa Teresa funda el monasterio de San José. Este acontecimiento le originó muchas persecuciones, y tuvo entonces varias visiones

que le infundían siempre nueva energía y consuelos incesantes. Como Juana de Arco, ella no tomaba ninguna resolución sin que las voces no se lo hubiesen mandado.

Mme. Guyon y Fénélon, Mme. Cornu y Bossuet han sentido la influencia de la carne: semejante á ellas, Teresa dice que al principio se apasionaba para ciertas personas y que esto le traía el alma harto perdida; pero después de que hubo visto á Cristo en su espléndida y maravillosa hermosura, no pensó más en las de la tierra: pasiones carnales distraídas de su aplicación material, por otra que Santa Teresa creía enteramente espiritual, y que, según hemos visto, no hacía más que cambiar de objeto pero no de naturaleza, y en la cual experimentaba los mismos placeres físicos, aunque enfermizos y alterados por su afección nerviosa.

Teresa tiene puntos de contacto con muchos personajes históricos. Una vez vió subir al cielo el alma de un monje que moría á la misma hora en que tuvo la visión: así San Ambrosio, diciendo misa en Milano, fué avisado de la muerte de San Martín de Tours que fallecía en este propio momento en Francia.

Como Job, Teresa conoce los espíritus: dice que oyó le hablaban con una voz muy suave, como una especie de silbido, y tuvo un calofrío general porque se asustó, y quiso oír lo que le decían, mas no pudo por pasar esto muy pronto.

Muchas cosas de las que escribe dice que no son de su cabeza, pero se las dice el Maestro celeste: estas son las revelaciones de San Juan en Patmos, y aun en el § 15 del Cap. XXXIX de su vida, ella declara positivamente una visión absolutamente semejante á la del trono, de los ancianos y de los animales del Apocalipsis, del cual tuvo tal vez entonces una reminiscencia.

Para terminar, y dar una idea de la exaltación de Santa Teresa y de su deseo de morir, citará algunas poesías de ella:

GLOSA.—Vivo sin vivir en mí—Y tan alta vida espero—Que muero porque no muero.

I

Vivo yá fuera de mí,
Después que muero de amor;
Porque vivo en el Señor,
Que me quiso para sí:
Cuando el corazón le dí
Puse en mí este letrero
Que muero porque no muero.

II

Esta divina unión
Y el amor con que yo vivo,
Hacen á mi Dios cautivo,
Y libre mi corazón;
Y causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

III

Ay! ¡qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
Esta cárcel y estos hierros
En que está el alma metida!
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero
Que muero porque no muero.

IV

Acaba ya de dejarme,
Vida, no me seas molesta;
Porque muriendo ¡qué resta
Sino vivir, y gozarme?
No dejes de consolarme,
Muerte, que ansí te requiero,
Que muera porque no muero.

V

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida!
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Indulgencia pido por este ligero ensayo sobre la vida de esta grande española cuyos escritos son joyas literarias que soy el primero en respetar y admirar: si me he atrevido á tomarla por tema de mi estudio, es porque no podía encontrar el éxtasis mejor descrito ni mejor explicado. Espero que las personas que lean estas líneas me perdonarán en favor del motivo enteramente científico que me ha guiado; pero al que quiera gozar de los tesoros de bella literatura, de sentimientos poéticos y de candorosas expansiones que encierran las obras de la sublime extática, no puedo más que recomendar su lectura llena de encanto y de atractivo.

Guanajuato, Mayo de 1888.

A. DUGÈS.

HIGIENE.

ENVENENAMIENTO POR EL ARSÉNICO PRODUCIDO

POR LOS PAPELES PINTADOS.

Para dar cumplimiento á una prescripción reglamentaria de esta H. Academia, voy á ocuparme en mi turno de lectura del presente año, de un asunto que interesa tanto á la higiene pública como á la privada: de los peligros que tiene el uso de los papeles tapiz, los papeles de adorno y algunas telas cuando están coloridos con substancias arsenicales ó que contienen arsénico, ya sea por defectos en su preparación ó porque se haya empleado alguna sal arsenical como mordente para fijar el color.

Son bien conocidas desde hace mucho tiempo diversas observaciones de envenenamientos producidos por el tapiz verde, cuyos caracteres generales son, cuando han llegado al estado crónico, conjuntivitis, catarro crónico del estómago y de los intestinos, eczema, ulceraciones de la piel, anemia, insomnio, caquexia general.

He visto yo algunos enfermos con síntomas diversos no bien determinados,